



El Líbano ha experimentado en los últimos años un espectacular «boom» turístico. En su capital se celebra, cada año, la elección de «Miss Europa». Arriba, las concursantes que optaron al título en 1963. Abajo, un aspecto de las calles comerciales del barrio viejo de la ciudad. A la derecha, la playa bautizada «Acapulco».



EL MEDITERRANEO, MAR DE VACACIONES. y 4

BEIRUT

ENTRE ORIENTE Y OCCIDENTE

EN el extremo oriental del Mediterráneo, donde Europa se convierte en Asia, se encuentra Beirut, la más importante de las playas del Líbano, país que se ha convertido, en los últimos años, en uno de los emporios de diversión de los millonarios de toda procedencia. Independiente desde hace una veintena de años, el país, que es escenario de los mayores contrastes, tanto de tipo **SIGUE**





Pepe Abed, el magnate del turismo libanés, emigrado durante años en Méjico, se ha traído a su país, además de un dineral, las tradicionales riñas de gallos, que constituyen una de las atracciones de sus cabarets. Pero los turistas quizá encuentren aún más exótico el pasearse en burro por las calles de la ciudad.





La costa libanesa ofrece multitud de rincones aún sin explotar por el turismo, o explotados sólo a medias. Entre ellos está la amplia y pintoresca bahía de Jounieh.

económico como de cualquier otro género, ha decidido jugar a fondo la baza del turismo. Tiene, indudablemente, hermosas costas y buen clima que ofrecer. Anuncia trescientos días de sol al año. Y, aparte las facilidades dadas por el Gobierno, ha sido un antiguo exiliado en Méjico, Pepe Abed, quien ha puesto en pie el fabuloso tinglado que ha conseguido que en el año último el Líbano haya tenido más de un millón de turistas.

El país es pequeño, y su población, aunque muy densa, no es considerable, lo que hace que la cifra de turistas represente la mitad de la población fija, un cuatro por ciento de la cual es extremadamente rica, en oposición a la miseria general que reina en el país. Este cuatro por ciento ha hecho, con el concurso del turismo, que Beirut sea una de las ciudades clave en el calendario de la diversión internacional. La posibilidad de, en un período de veinte minutos, pasar del esquí en la nieve al esquí náutico, es uno de los tantos con que cuentan. Y las laderas de la montaña que se encuentra detrás de la ciudad se han poblado de lujosísimas villas, mientras abajo, en el casco urbano, una población muchas veces hambrienta se amontona y las convierte en un verdadero zoco.

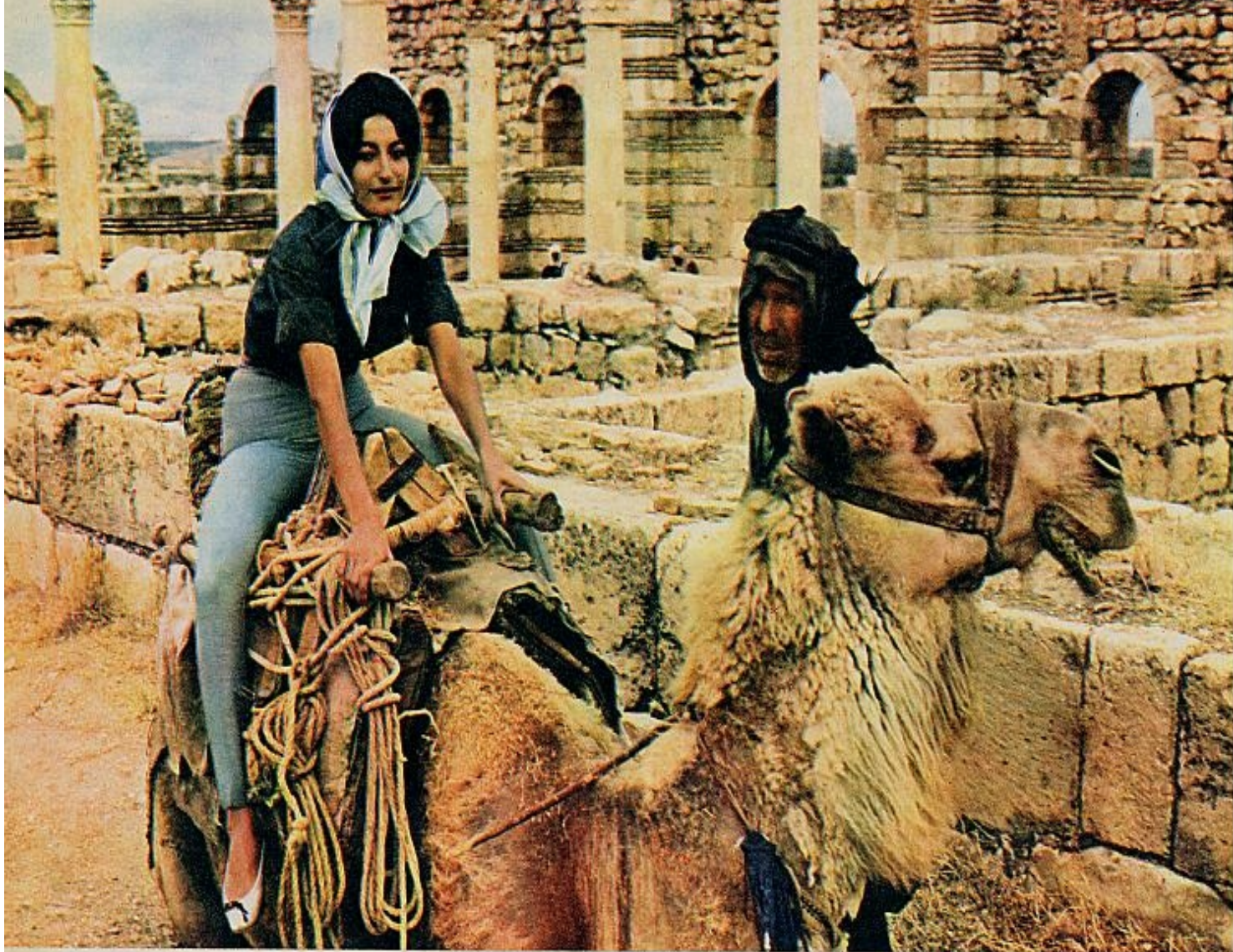
Estos contrastes, sin embargo, son considerados como uno de los mayores atractivos por



En las terrazas de los bares la consumición habitual es el café turco, con un vaso de agua helada.

los turistas. Atractivo al que debe sumarse, en el mismo terreno, el contraste entre los restos de las antiquísimas civilizaciones asentadas en el territorio y los supermodernos rascacielos construidos a lo largo de la costa. El burro, que sigue siendo un medio de transporte habitual, se cruza en la carretera con los últimos Cadillacs y a apenas dos horas por carretera de Beirut pueden encontrarse pueblos que dan la idea de haber permanecido al margen del transcurso de los milenios. Entre toda esta confusión emerge el Beirut de las diversiones, con casi cuatrocientos «night-clubs» y los hoteles más modernos del mundo, lo que no impide que el twist esté prohibido, que Johnny Hallyday haya sido expulsado del país y que los «Beatles» sólo fueran autorizados a saludar a su público desde la escalerilla del avión. El centro mundial de diversiones, pues, parece reservarlas a unos pocos. Pero esos pocos, indudablemente, disponen de todo lo que se les pueda apetecer. El «Joe's bar», que fue hasta el final de la segunda guerra mundial un importante nido de espías, es uno de los más populares. Pero no le van a la zaga el «Bacchus», propiedad del ya citado Pepe Abed, o «Les caves du Roy», donde actúan las más renombradas atracciones del mundo entero.

SIGUE



A pocos kilómetros de la ciudad pueden encontrarse restos de antiquísimas civilizaciones, como Anjar. El camello contribuye a aumentar la sensación de exotismo.



Byblos está en vías de convertirse, en unos años, en un nuevo Saint-Tropez, bajo la égida de Abed.

El hotel San Jorge, con sus cinco pisos elevados al borde de la bahía del mismo nombre, es el centro de reunión de la élite libanesa y extranjera. En sus terrazas han transcurrido escenas de todos los films de espionaje que tienen el país como fondo, que no son pocos. Su playa privada fue la primera organizada del Líbano. Y de él arrancan todos los periplos y los grandes negocios, que demasiadas veces giran en torno al tráfico de divisas. El Casino parece no ser extraño a la repentina prosperidad de un amplio sector del país: en él, cada noche, se mueven millones de todas las monedas del mundo.

Pero, para los visitantes del Líbano, el atractivo no termina en Beirut. Si la capital les ofrece especialmente los atractivos de la vida nocturna y, a las mujeres en especial, los de las compras, a precios muy asequibles, de los más variados productos procedentes de las cuatro esquinas del mundo y sin recargos aduaneros, a escasa distancia se encuentran toda una serie de antiguas ciudades. De todas, posiblemente la que atraiga a mayor número de forasteros es Baalbeck, con sus famosísimas columnas y sus templos romanos, donde se celebran cada año los Festivales de música y danza en los que

participan las más prestigiosas figuras de todo el mundo.

Luego está Anjar, descubierta hace una decena de años y centro de importantes excavaciones, situada detrás de un pueblo de refugiados armenios. Y Byblos, la ciudad más antigua que se conserva en el mundo, puerto natural de donde partió el primer navío del que se tiene referencia, por el que han pasado siete civilizaciones sucesivas, cada una de las cuales ha dejado vestigios: las murallas de la ciudad fenicia, los sarcófagos sobre los que se descubrió el primer alfabeto, columnas árabes, un castillo de los cruzados, etcétera... Pero si hasta hace cinco años Byblos era visitado solamente en función de sus tesoros artísticos, en el último lustro ha experimentado un impulso que está en vías de convertirlo, en otro lustro más, en un serio rival de Saint-Tropez. Siempre, naturalmente, gracias al omnipresente Pepe Abed. Mediante la adquisición de la mitad del lugar, Abed ha decidido transformar el turismo libanés y hacer que no quede reducido al alcance de los supermillonarios. Aunque, al ritmo que lleva la construcción, y dada la categoría de los locales que se edifican, es de suponer que en un plazo breve, de nuevo, sólo los supermillonarios podrán permitirse el lujo de

BEIRUT

ir a Byblos. Abed ha construido, en el puerto, el «Fishing Club», y ha establecido un pintoresco sistema de vacaciones semiorganizadas. Mientras todo queda ultimado en Byblos, aloja a sus clientes en el hotel Bacchus, del viejo Beirut; por la mañana, un servicio especial de taxis les lleva a la playa de Acapulco, bautizada así en homenaje a su fructífero exilio mejicano, y por la noche les devuelve a la capital. Una vez a la semana les invita a una comida en las terrazas del «Fishing Club». Y el ciclo vuelve a empezar. Los 3.000 habitantes a que ha quedado reducida la población de Byblos se las prometen felices con el incremento del turismo en su ciudad. Y ven en él la posibilidad de salir del que hasta ahora, y desde los ya lejanos tiempos en que comenzó su depauperación, había sido único medio de subsistencia: la pesca. Pesca que muchas veces es más fructífera cuando los peces son escasos, a condición que esto signifique que en las redes ha caído algún vestigio arqueológico.

Este es, pues, el panorama actual del turismo en el Líbano. Un Beirut perfectamente preparado para recibirlo empieza a encontrar,



La nota pintoresquista, buscada por los extranjeros, puede darla lo mismo el decorado tradicional que el clásico turbante enarbolado por uno de ellos.

dentro del propio país, la competencia de otros centros de atracción. Competencia que, lógicamente, irá aumentando en los años venideros, dado que el país cuenta con kilómetros y kilómetros de excelentes playas, muchas de ellas completamente abandonadas y sin explotar. Quedan, todavía, muchas cosas por hacer para que el Líbano pueda convertirse en un país totalmente apto para el turismo masivo. Entre otras, que el tradicionalismo que rige sus costumbres, vigiladas de cerca por sus autoridades, ceda paso a una adecuación a las de sus visitantes.

(Reportaje gráfico de
RAYMOND DEPARDON)

